10163

Env.º 31/67

Á CADENA PERPÉTUA,

PIEZA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

DON JOSÉ MARIA GARCIA.

733

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,
CALDERON DE LA BARCA, 4.
1867.

L47 - 5642

L47-5642
99-6

Á CADENA PERPÉTUA.

José Rodrigues

Á CADENA PERPÉTUA,

PIEZA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

DON JOSÉ MARIA GARCIA.

Estrenada en el teatro del Príncipe á 12 de Enero de 1867.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1867.

PERSONAJES.	ACTORES.
DON SILVESTRE, esposo de....	Don José Alisedo.
DOÑA CÁNDIDA, tia de.	Doña Felipa Orgaz.
PANTALEONA.....	Doña Matilde Serrano.
RAIMUNDO.....	Don Ramon Mariscal.
DON PRISCO.....	Don Serafin Garcia.

La escena pasa en Madrid y en nuestros dias.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los Corresponsales y agentes de la *Administracion Lírico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todas las poblaciones del reino.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO ÚNICO.

Sala en casa de D. Silvestre; puerta al foro, que es la principal, otras laterales que corresponden á las habitaciones de Doña Cándida y de Pantaleona. En el primer término de la derecha, una consola con espejo; á la izquierda, una mesa con legajos y recado de escribir. Sillas, butacas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CÁNDIDA, PANTALEONA.

PANT. (Mirándose al espejo.) Estoy bien así, tia?

CAND. Á ver... Vuelve la cara... Phis! El peinado pued pasar; pero tienes unas ojeras!... Por qué no te pint un poco? Anda: mira que ya no puede tardar en ven tu futuro.

PANT. Que venga: me verá como soy. Cada uno es como Di le crió.

CAND. Ya! pero puede parecer otra cosa, y la que quiere atrapar un marido, debe disimular sus defectos. Cuántas mujeres conozco yo que pasan por hermosas, y son mas feas que una noche de truenos! Es preciso que cuando venga tu novio, te encuentre siempre muy limpia, muy sonrosada; que des á tu rostro una expresion modesta y apacible.

PANT. Eso último no me costará gran trabajo. Ya sabe usted que tengo buen carácter.

CAND. Demasiado bueno por tu desgracia!

PANT. Por mi desgracia?

CAND. Solo falta que la eches tambien sensible!...

PANT. Como que lo soy.

CAND. Es decir; que serás capaz de querer á Raimundo despues que os echen las bendiciones?

PANT. Ya lo creo: como ahora: con toda mi alma!

CAND. Jesus, qué blasfemia!

PANT. Si no debo amar á Raimundo, cuando sea mi esposo, para qué quiere usted que me case con él?

CAND. Porque el himeneo es una necesidad social para nosotras. Óyeme, niña. Los hombres han inventado el lazo del matrimonio para avasallar á las mujeres; pero cuando las mujeres se dan buena maña, son ellos los que caen en el lazo! Qué bien dijo el que dijo, que cada uno se labra su buena ó mala ventura!... En la comedia del mundo, no hay mas que dos papeles: el de verdugo y el de víctima. Escoge el que mejor te convenga.

PANT. Yo compartiré con mi esposo los bienes y los males. Es tan bueno Raimundo!

CAND. Otra necedad! Hay acaso algun marido bueno, sin que su mujer le haya obligado á que lo sea?

PANT. Sí, señora: mi tio.

CAND. Tu tio! Tu tio!

PANT. Siempre está contento...

CAND. Pudiera no estarlo!

PANT. Á todo dice amen...

CAND. Ay de él si me contradijese!

PANT. No tiene voluntad propia...

CAND. Con la mia le basta. Hé aquí mi obra, el triunfo de mi sistema, puesto en planta desde el dia en que me casé, sin transiguir una vez tan siquiera. Mucho he trabajado; pero el éxito me recompensa de todos mis afanes.

(Aparece Raimundo en la puerta del foro.)

PANT. (Viéndole y con alegria.) Ah! Raimundo!

CAND. (Ap. á Pantaleona.) Disimula, muchacha.

ESCENA II.

RAIMUNDO, DICHAS.

RAIM. (Saludando.) Señora... Señorita...

PANT. Deje usted el sombrero...

RAIM. Es usted muy bondadosa!

CAND. Mi sobrina me lo ha confiado todo, y pueden ustedes contar con mi aprobacion.

RAIM. De veras? Ah! No encuentro palabras con que manifestar á usted mi reconocimiento.

CAND. Yo tambien agradezco la predileccion que usted nos dispensa, aspirando á formar parte de nuestra familia. (Ap. á Pantaleona.) Baja los ojos.

RAIM. Si consigo esa honra, seré el hombre mas venturoso de la tierra; porque hace mucho tiempo que adoro á esta señorita.

PANT. Sí, tia: hace mucho tiempo que los dos nos...

CAND. (Ap. á Pantaleona.) Basta! Basta!

RAIM. Verla dichosa, será mi único anhelo!

CAND. Yo estoy segura de que ella por su parte corresponderá...

PANT. Oh! Sí, señora.

CAND. (Bajo á Pantaleona.) Quiere usted callar? (Alto.) Mi sobrina es como yo: humilde, sencilla, trabajadora, económica...

RAIM. Educada por usted...

CAND. Su tio la ha mimado un poquillo...

PANT. Mi tio es un ángel!

RAIM. (Á Doña Cándida.) Cuándo me dispensará usted el honor de presentarme al señor don Silvestre?

CAND. Para qué?

RAIM. Para manifestarle mi gratitud.

CAND. Le debe usted algun favor?

RAIM. Le debo mi felicidad, puesto que habrá dado tambien

su consentimiento.

CAND. No señor, no le ha dado.

RAIM. Es posible! Se opone?

CAND. No le ha dado, ni le dará, porque no se le ha pedido, ni hay necesidad de pedírselo.

RAIM. Yo creia que era tutor de esta señorita?

CAND. Sí, señor, que lo es.

RAIM. Entonces á él le corresponde...

CAND. Á él no le corresponde nada. Pues qué, no puedo yo disponer de la mano de mi sobrina sin la intervencion de un tercero?

RAIM. (Desconcertado.) Ciertamente... usted... es muy dueña... de...

CAND. Ademas, qué entiende mi marido de hacer matrimonios?

RAIM. Perdone usted, señora. Al elegir una compañera como usted, ha demostrado que es muy entendido.

CAND. Gracias por la parte que me toca.

RAIM. Supongo que el señor don Silvestre tendrá ya noticia de nuestros deseos.

CAND. Tampoco.

RAIM. Siendo así, permítame usted al menos que explore sus intenciones. Pudiera tener algun compromiso...

CAND. Imposible! Mi esposo no se compromete con nadie sin que yo le autorice... Es decir, sin consultar mi parecer.

RAIM. Excelente costumbre! El marido y la mujer deben caminar en todo de comun acuerdo.

CAND. Silvestre está siempre de acuerdo conmigo.

RAIM. Lo creo; y esa es una razon mas, para que yo deba darle cuenta de mis pretensiones y de la buena acogida que en usted han hallado.

CAND. Es una tonteria. Pero, en fin, hable usted con él, ya que tanto le seducen las ceremonias. No tardará en venir á esta sala: está acabando de cuidar los canarios y la codorniz.

RAIM. Entonces, le espero.

CAND. Voy con el permiso de usted á examinar unas cuentas.

RAIM. Si quiere usted inspirarme confianza, es necesario que me trate sin ningun cumplimiento.

CAND. (Ap. á Pantaleona.) Cuidado! (Se sienta á la mesa y examina los papeles.) Alguien ha andado aquí... Ya se sabe, donde hay hombres... (Panteleona y Raimundo hablan entre sí con recato.)

RAIM. ¿Pero es verdad que no le han dicho nada á tu tio?

PANT. Ni una sola palabra.

RAIM. Y si se opusiera á nuestro casamiento?

PANT. Oponerse él á nada?... Pobre tio! Qué mal le conoces. Puedes hablarle de cualquier asunto sin temor de que te contradiga.

RAIM. Sabes que aun con esa seguridad va á costarme no poco trabajo entablar mi demanda?

PANT. ¿Es decir que preferirias ver á mi tio cuando estuviese prevenido?

RAIM. ¡Ya lo creo!

PANT. Nada mas fácil. Vete; vuelve dentro de media hora: yo me encargo de prevenirle, y te respondo de que cuando te presentes á él te recibirá con los brazos abiertos.

RAIM. ¡Qué buena eres!...

PANT. No te detengas... (Señalando á Doña Cándida.) Despídete con cualquier pretexto.

RAIM. Ya estoy. (Á Doña Cándida.) Señora... Un asunto urgente me obliga á abandonar á ustedes; pero vuelvo en seguida.

CAND. Hasta luego.

RAIM. Estoy á los pies de usted. (Váse por el foro.)

CAND. ¿Dónde se habrá metido Silvestre? Uf! Qué posma.

PANT. (Para sí.) Tiene miedo de hablar á mi tio...

CAND. No hay duda. Aquí falta un recibo. Voy á ver si lo he guardado en otros papeles. (Váse por la izquierda.)

ESCENA III.

PANTALEONA.

Y luego dicen que los hombres son atrevidos!... Lo que es mi novio maldito el atrevimiento que tiene. Ni me ha estrechado la mano al despedirse... ni... vamos á ver: qué trabajo le podrá costar el decirle á mi tutor, caballero: yo soy un jóven honrado, que ha terminado su carrera universitaria, y desea matricularse al primer año de matrimonio. Usted tiene una sobrina muy... bonita, que me gusta á rabiar; la adoro, ella me corresponde; ¿quiere usted otorgarme su mano? Entonces el tutor se enternece, le abre sus brazos y le contesta...

ESCENA IV.

D. SILVESTRE, PANTALEONA.

SILV. (Que ha entrado momentos antes, muy ensimismado y con una jaula de codorniz en la mano, exclama contemplándola al mismo tiempo que termina su monólogo Pantaleona.) Pobre animal!... Aunque no tan desdichado como yo!... Ambos arrastramos las cadenas del cautiverio, pero tú siquiera tienes el consuelo de encontrarte viudo!

Preso en estrecho lazo
cual codorniz sencilla,
ya tarde arrepentido
lamentaré mis cuitas.
¡Ay de mí! papa natas,
digno de albarda y cincha,
que antes cantaba jotas
y ahora entono elegias!
Perdí mi estado honesto,
perdí en él mis delicias,
al fin perdílo todo
yendo á la vicaria.

¿Por qué desgracia tanta?
Por qué tanta desdicha?
Por una pupilera!...
¡Oh cara golosina!
El apetito ciego
¡á cuántos precipita,
que por gozar un nada
venden su autonomia!

Pero no, no fué el apetito ciego quien me precipitó; sino mi amigo Corretaje, uno de esos hombres que se entretienen en casar á todo bicho viviente que les cae por banda, y deben ser corresponsales de los extranguladores de la India. Él me llevó de huesped á casa de doña Candidita, que era su patrona, me ponderó sus cualidades, y me... En fin, él fué el que me casó con ella. Poco despues se largó á su pais, y si te ví no me acuerdo. ¡Ay, si yo tropezara con él algun dia!... Qué feliz seria yo si le encontrara sentado en un pretil de los que dan al campo del moro, vuelto de cara hácia el precipicio... (Haciendo ademan de empujar.)

PANT. (Para sí.) Qué distraido está! (Tose.) Ejem!...

SILV. (Asustado, y dejando caer la jaula.) Eh!... Quién?... Ah!... Eres tú? (Para sí.) Me pareció la tos de mi esposa!

PANT. Gracias á Dios que ha reparado usted en mí!

SILV. ¿Estás sola?

PANT. Solita.

SILV. Y tu tia?

PANT. Debe andar por allá dentro. (D. Silvestre recoge la jaula y la coloca sobre la mesa.)

SILV. Entonces acércate. (Para sí, contemplándola.) Hé aquí una frente donde no han marcado todavia sus huellas las contracciones de la ira...

PANT. Qué tiene usted? Siente usted alguna novedad?

SILV. Novedad!... Novedad!... ¿Sé yo por ventura lo que es novedad? Quince años hace que me casé! Quince años hace que vivo sin tener novedad!

PANT. Le gustan á usted las novedades?

SILV. Me gustan muchísimo.

PANT. Pues no faltan en casa. Dentro de poco vendrá á visitar á usted un sujeto...

SILV. Es verdad. Mi amigo Prisco, á quien no veo hace diez y siete años, y me escribió la semana pasada, anunciándome su venida á Madrid!

PANT. No se trata de don Prisco, sino de otra persona que le hablará á usted de mí, y á quien espero que recibirá usted con mucha amabilidad.

SILV. (Mirándola y diciendo para sí.) Qué dulzura! qué fisonomía tan cándida! Y sin embargo, con solo pronunciar un sí delante del cura de la parroquia, este ángel se convertirá en un demonio.

PANT. Conque me promete usted recibirle con mucha amabilidad.

SILV. Es alguna amiguita?

PANT. Es todo un doctor en medicina.

SILV. Déjame á mí de médicos. Yo estoy bueno, á Dios gracias.

PANT. Pero si lo que pretende es consultar su opinion de usted, no que usted le consulte.

SILV. Entonces que se dirija á tu tia, yo no tengo opinion.

PANT. ¿Quiere usted oirme?...

SILV. Yo no puedo querer sino lo que quiera tu tia.

PANT. Ese jóven necesita su consentimiento de usted.

SILV. Pues que se lo pida á mi esposa, y se evitará un rodeo inútil.

PANT. Es decir que si mi tia consiente?...

SILV. Es cosa resuelta.

PANT. Qué bueno es usted!

SILV. Di mas bien que soy un pedazo de atun.

PANT. Dios me libre!

SILV. Qué importa? tu tia me llama imbécil con bastante frecuencia; y lo malo es que tiene razon!...

PANT. Pero tio!...

SILV. Tú sí que eres buena! Y sin embargo, una sola palabra bastará para convertirla en...

PANT. En qué?

SILV. En... (Oyendo la voz de Cándida.) tu tia!... (Vuelve á coger la codorniz.)

CAND. (Dentro.) Conque, mucho cuidado ó te ajusto la cuenta. (D. Silvestre vuelve á tomar la jaula y aparenta arreglarla con afan.)

SILV. (Á Doña Cándida y continuando su tarea, sin apartar la vista de la jaula.) Ocurre algo, Candidita?

CAND. No es cosa! (Á Pantaleona.) vete tú.

PANT. Pero...

CAND. Vete. (Váse Pantaleona.)

ESCENA V.

DOÑA CÁNDIDA, D. SILVESTRE.

CAND. Tengo dicho que solo estamos en casa para las personas que pregunten por mí, y si no llego á tiempo nos embocan la visita de tu amigo don Prisco!

SILV. (Con alegria.) Cómo, era Prisco? (Con sentimiento.) Por qué no le has dejado que entre?

CAND. Porque necesito saber antes qué es lo que viene á buscar á esta casa.

SILV. Querrá verme! Es paisano mio, un amigo de la niñez. Y cómo nos hemos querido! Vinimos á Madrid juntos, y puede decirse que no me separé de él hasta un año antes de casarme contigo.

CAND. Es lástima que no se hubiera quedado á vivir con nosotros!

SILV. No me pesaria que se hubiese quedado.

CAND. Para qué habia de quedarse?

SILV. Para... para ser testigo de... mi felicidad!

CAND. Ese hombre es soltero?

SILV. Sí: tiene esa... desgracia; pero en cambio disfruta la dicha... digo... no; disfruta...

CAND. Sí; la licenciosa libertad que tú disfrutarias cuando andabas con él!

SILV. Lo que es eso...

CAND. Yo he sido pupilera, hija de pupilera y nieta de pupilera...

SILV. Ya lo sé.

CAND. Y he conocido muchos hombres!...

SILV. Lo creo! Pero eso no prueba que Prisco y yo...

CAND. Vamos á ver: ¿qué disfruta tu amigo en cambio de encontrarse soltero?

SILV. Disfruta... salud... buen humor... lo cual no me parece un inconveniente para que pueda visitarme.

CAND. Te parece flojo inconveniente para recibirle en tu casa el tener una esposa jóven y no mal parecida?

SILV. Yo estoy seguro de tu virtud; y ademas me consta que Prisco no la ha echado nunca de conquistador y de buen mozo.

CAND. Eras tú un buen mozo cuando solicitaste mi corazon, cuando te preferí entre mas de cincuenta adoradores?

SILV. Ciertamente que no; pero de seguro era entonces mas jóven que ahora, y como Prisco y yo contamos una misma edad!

CAND. La edad!... Sí, sí, fíate de la edad. Yo he tenido un huésped con setenta años á la cola, y andaba tras de mi cocinera.

SILV. Seria gastrónomo.

CAND. Será un vicioso como todos los hombres; y cuanto mas viejos... En fin, no quiero que don Prisco ponga los pies en esta casa, entiendes?

SILV. Pues yo soy el amo de ella, y...

CAND. Y qué?

SILV. Nada, nada. Yo iré á verle á la suya.

CAND. Eso menos que todo.

SILV. Pero mujer...

CAND. Alguien viene. Silencio!

PRISCO. (Dentro.) Si ha salido, le esperaré.

SILV. Pues si es Prisco! (Va á adelantarse hácia la puerta del foro, y su mujer le detiene sujetándole por la bata.)

ESCENA VI.

D. PRISCO, DICHOS.

D. Prisco entra en escena, repara en D. Silvestre y se abalanza á él con los brazos abiertos.

PRISCO. Aquí está!... Un abrazo, mi querido Silvestre!... Otro... y otro! Hombre, cómo has envejecido!... Estás enfermo?... Tienes algun disgusto?

SILV. Yo?... No. Te presento á mi esposa.

PRISCO. Ah!... (Á Cándida.) Perdone usted, señora; no habia reparado... La alegria... Hace diez y siete años que no le veo...

CAND. No necesita usted disculparse.

PRISCO. Creerás, Silvestrillo, que me han negado dos veces que estabas en casa?

CAND. (Afectando gran sorpresa.) Es posible?

PRISCO. Gracias al portero, que si no...

CAND. Ay señor don Prisco, los criados tienen el don de errar! Y como no conocen á usted...

PRISCO. Por eso me he tomado la libertad de colarme.

CAND. Ha hecho usted perfectamente. (Bajo á Silvestre.) Despídele.

SILV. (Bajo á Cándida.) Cómo... quieres que yo...

CAND. (Bajo á Silvestre.) Ahora mismo! (Alto á D. Prisco.) Pero, señor don Prisco, hágame usted el favor de sentarse.

PRISCO. Con permiso de usted. (Tomando una silla.)

CAND. No, no: la butaca es mas cómoda. (Arrimándole una butaca.)

PRISCO. No se moleste usted. Cuánta amabilidad! (Todos se sientan quedando Silvestre en medio.)

CAND. (Bajo á Silvestre.) ¿Qué esperas? Despídele.

SILV. (Bajo á Cándida.) Es una groseria.

CAND. (Bajo á Silvestre.) De qué sirve la diplomacia?

PRISCO. Decia usted...

que me ayude á gastar el dinero y á llevar con paciencia el reuma.

SILV. Cuidado, Prisco. Mira que hay mujeres que molestan mucho mas que el reuma!

CAND. Qué sabes tú?

SILV. No, lo digo por mí.

PRISCO. Ya lo creo! Tú eres muy dichoso!

SILV. Muchísimo!!

CAND. Solo en el matrimonio existe la verdadera felicidad.

PRISCO. Justo!...

SILV. Justo!...

CAND. El quid está en la eleccion de persona.

PRISCO. Cierto.

SILV. Cierto!... (Ap.) Ay, si yo pudiera echar la vista encima á Corretaje!...

CAND. Por eso, antes de elegir. debe consultarse la opinion de los buenos amigos.

PRISCO. Hace tiempo que pedí á Silvestre la mano de su sobrina Pantaleona; pero me la negó.

CAND. Por qué causa?

SILV. Por... por la diferencia de edades.

CAND. Tres mil duros de renta es una edad que le conviene á cualquiera muchacha. (Ap. á Silvestre.) No le dejes marchar.

SILV. ¿Y dónde has conocido á la novia?

PRISCO. Es hija de nuestro paisano Bustamante. Excelente sujeto, muy honrado y muy...

SILV. Yo ignoraba que Bustamante estuviera en Madrid.

PRISCO. Hace una semana que le trasladaron á la direccion de la Deuda.

SILV. Vivireis reunidos?

PRISCO. Paramos interinamente en la fonda de Europa. Conque ya saben ustedes donde pueden mandarme. Adios, señora... Adios, Silvestre...

CAND. Que no nos eche usted en olvido.

PRISCO. Imposible! (Dirigiéndose al foro.)

CAND. (Ap. á Silvestre, empujándole.) Acompáñale, hombre!

SILV. Ya voy. (Va hasta la puerta y vuelve.)

ESCENA VII.

DOÑA CÁNDIDA, D. SILVESTRE.

CAND. (Subiendo al foro y trayendo de un tiron á Silvestre.) Ven acá, viejo zorro. ¿Por qué no me dijiste nada cuando te pidió Prisco la mano de Pantaleona? Por qué se la negaste, por qué?

SILV. Porque hubiera sido un cargo de conciencia el contribuir para que el pobre Prisco... Digo, no; para que esa pobre muchacha se uniese por toda la vida con un hombre... tan... tan...

CAND. Don Prisco era un excelente partido para nuestra sobrina.

SILV. Ya lo creo!

CAND. No tienes sentido comun.

SILV. Qué quieres... yo...

CAND. Quiero que te conozcas; que no hagas nada sin mi conocimiento.

SILV. Pero mujer...

CAND. Calle usted. Oh! qué desgracia la mia! Eres un tonto, un majadero, un estúpido, un .. Me voy, porque acabaré por perder los escribos. (Váse por la izquierda.)

ESCENA VIII.

SILVESTRE.

(Queda como estupefacto viendo alejarse á su esposa, y apenas desaparece esta, exclama con brusca transicion recorriendo la escena.) Pero, señor. ¿Dónde encontraria yo á Corretaje?... Qué me traigan á Corretaje!... Yo necesito ahogar entre mis manos á Corretaje, al infame casamentero orígen de todas mis desgracias!... Uf! Esto no se puede sufrir!... Basta de tirania! Basta de humillacion! Hoy

rompo mis cadenas, y en seguida me dedico á buscar á Corretaje... ¿Habrá muerto?... No importa! Si ha muerto, tendrá hijos, nietos, biznietos... Yo he de vengarme aunque sea en su cuarta generacion!... Pero ya me olvidaba de mi pobre amigo Prisco. Debo salvarle y le salvaré á toda costa. Aun es tiempo... Pero, ¿cómo? .. Ah! qué idea tan feliz! Puesto que su futuro suegro Bustamante vive en la fonda de Europa, le escribiré un anónimo... No: tomaré el nombre de una dama... Una víctima de Prisco... Admirable!... Manos á la obra... (Se sienta á la mesa y escribe.) «Caballero: acabo de saber que ha concedido usted la mano de su hija á don Prisco Amores, el primer libertino de Europa, Asia, África, América y la Oceania. Esa boda es imposible, y usted no querrá ser cómplice de un delito de poligamia. Ademas, si persistiese usted en su propósito, y el perjuro tuviera la audacia de conducir á su hija de usted al pie de los altares, se interpondria entre ambos esta madre desgraciada y sus catorce hijos!!...» (Para sí.) Muchos hijos son!... Pero qué importa? Yo no los tengo que mantener! (Sigue dictándose y escribiendo.) «Y sus catorce hijos...»

ESCENA IX.

RAIMUNDO, D. SILVESTRE.

RAIM. (Entrando.) Caballero!...

SILV. (Ocultando precipitadamente la carta y medio levantándose.) Eh!... Quién?... Ah!... Usted querrá ver á mi esposa? Pase usted á la sala... por allí...

RAIM. Caballero... Es á usted á quien busco.

SILV. Á mí?

RAIM. Yo supongo que estará usted prevenido...

SILV. Sí señor: yo estoy siempre prevenido... Pero permítame usted que acabe de escribir esta carta... Se trata de evitar una horrible desgracia!..! Puede usted hablar... yo escucho perfectamente. (Leyendo lo que ha escrito.) «Y

sus catorce hijos...»

RAIM. Puesto que está usted enterado de todo...

SILV. Adelante. (Dictándose y escribiendo.) «Ese hombre... mal-»vado es el orígen de todas mis desdichas.»

RAIM. Decia, que teniendo usted conocimiento del motivo...

SILV. Crea usted que no pierdo una sola palabra de su interesante conversacion, (Dictándose y escribiendo.) «De to-»das mis desdichas, abandonándome despues de disipa »mi patrimonio en el juego y en infames orgias.»

RAIM. Yo esperaba...

SILV. (Escribiendo.) «Su atenta y segura servidora que su mano »besa.» (Discurriendo.) Ahora la firma. Necesito un nombre poco comun... Casta... Magnífico!... Casta... de... Casta de Amores. (Cierra la carta hablando con Raimundo.) He concluido.

RAIM. Gracias á Dios!

SILV. Ya vé usted cómo no me ha impedido su conversacion...

RAIM. Ya lo veo.

SILV. (Escribiendo el sobre.) Señor don Agueda Bustamante. Fonda de Europa. (Se ve cruzar un muchacho por el fondo se dirige á él, le da la carta y le dice:) Oye tú, Lorencillo. Lleva esta carta inmediatamente á la fonda de Europa. (Volviendo á la escena y hablando con Raimundo.) Soy todo de usted.

RAIM. Yo he venido á molestar la atencion de usted, en la confianza de que le habrian enterado del objeto que aquí me conduce.

SILV. Es posible; pero confieso á usted que no recuerdo...

RAIM. Cómo? No le ha prevenido á usted mi señora doña Cándida?...

SILV. Mi esposa? Ah! usted habló ya del asunto con mi esposa?

RAM. Sí señor; y he tenido la dicha de obtener su beneplácito; pero deseaba asimismo alcanzar el de usted.

SILV. El mio? Qué disparate! Con el de mi esposa le sobra y le basta. Yo no tengo otra voluntad que la suya...

RAIM. ¿Es decir que usted aprueba...

SILV. Yo apruebo todo lo que aprueba mi esposa.

RAIM. Gracias, señor don Silvestre, gracias... El favor que acaba usted de dispensarme!...

SILV. No vale tres pitos.

RAIM. Ese favor va á labrar la felicidad de toda mi vida.

SILV. ¿De veras?

RAIM. Lo juro por mi honor.

SILV. Me alegro. Siempre es grato contribuir á la felicidad del prójimo. Ademas, usted tiene un aspecto muy simpático, y aunque sea esta la primera vez que logro la satisfaccion de verle, ya le considero como una de las personas de mi mayor afecto.

RAIM. Gracias.

SILV. Yo soy aficionado á hacer bien. Cuando usted entró me estaba ocupando en salvar á un amigo. Y á propósito, ¿es usted casado ó soltero?

RAIM. (Estupefacto.) Qué?!...

SILV. Perdone usted. Sentiria haber cometido una indiscrecion.

RAIM. Dudar de mi estado es una ofensa.

SILV. Por qué no he de dudar si es esta la primera vez que nos vemos y hasta ignoro su nombre?

RAIM. Pues no acaba usted de concederme la mano de su sobrina?

SILV. (Con espanto.) Eh! La mano de mi sobrina! Usted quiere casarse y busca la novia en mi casa?

RAIM. Hace un cuarto de hora que le estoy pidiendo su consentimiento.

SILV. Mi consentimiento!... Mi consentimiento para una boda! Jamás! Nunca, nunca!

RAIM. Doña Cándida me hizo confiar en que usted accederia...

SILV. (Interrumpiéndole con solemnidad.) Caballero, un instante. Míreme usted frente á frente.

RAIM. Ya le miro.

SILV. Tengo yo cara de ser un hombre perverso?

RAIM. Ciertamente que no.

SILV. Entonces, no le asombre que rehuse aceptarle por sobrino.

RAIM. ¿Desconfia usted de mi honradez?

SILV. Dios me libre!

RAIM. Le desagrada usted mi persona, mi posicion?

SILV. Todo lo contrario.

RAIM. Yo adoro á Pantaleona.

SILV. Es natural.

RAIM. Creo que ella me corresponde.

SILV. Es natural.

RAIM. Entonces, ¿qué puede oponerse á nuestra union?

SILV. Mi conciencia!

RAIM. Pero qué misterio?...

SILV. Por qué ama usted á mi sobrina?

RAIM. Por qué?... porque la amo.

SILV. Porque es bonita, porque es discreta, porque tiene el genio de un ángel. Lo mismo era Cándida cuando le entregué mi corazon y mi mano. Le gusta á usted mi esposa? Se casaria usted con ella si fuese soltera ó viuda?

RAIM. Caballero... yo...

SILV. Le parece á usted fea, indiscreta, fastidiosa, insufrible...

RAIM. Señor don Silvestre!...

SILV. Hable usted con franqueza. Á mí me parece un demonio! Y sin embargo ha sido mas bella, mas seductora que mi sobrina! No lo cree usted posible? Voy á convencerle en el acto. (Se dirige á la sala.)

RAIM. Oiga usted.

SILV. Vaya usted buscando una cuerda, un revólver, una caja de fósforos. (Váse.)

ESCENA X.

PANTALEONA, RAIMUNDO, despues DOÑA CÁNDIDA.

RAIM. Este hombre está loco!

PANT. (Muy alegre.) Habló usted ya con mi tio?

RAIM. (Con profunda tristeza.) Sí señora... le hablé.

PANT. Verdad que es muy bondadoso?

RAIM. Oh! muchísimo! Pero á pesar de su amabilidad, el señor don Silvestre se opone á nuestro matrimonio.

CAND. (Que ha oido las últimas palabras dice al entrar:) Quién se opone aquí á nada sin mi consentimiento?

PANT. Mi tio, que no quiere concedernos el suyo.

CAND. Imposible!

RAIM. Es verdad.

CAND. Sabe que es gusto mio?

RAIM. Sí señora.

CAND. Entonces, ó usted se ha explicado mal ó él no lo ha entendido bien.

RAIM. Va á volver en seguida y se convencerá usted de que no hay esperanza.

CAND. Veremos!... (Á Pantaleona.) Vete á tu cuarto. (Á Raimundo.) Hágame usted el obsequio de esperar en esa sala hasta que yo le llame. (Vánse Raimundo y Pantaleona cada uno por su lado.)

ESCENA XI.

D. SILVESTRE, DOÑA CÁNDIDA.

CAND. Conque el señor don Silvestre se opone á la boda de Pantaleona, sabiendo que yo he dado mi consentimiento? Hola! hola! Este es un principio de insubordinacion que necesito castigar. Ya viene. Me parece que le voy á arrancar una oreja.

SILV. (Sale con un retrato al oleo de una jóven bonita y de expresion modesta. El lienzo le cubre la cara y le impide ver á Doña Cándida.) Ecce homo! Aquí tiene usted cómo era mi esposa antes de nuestro matrimonio.

CAND. Qué significa esta comedia?

SILV. (Dejando caer el cuadro.) Jesucristo! El original!

CAND. Para qué traes aquí ese cuadro?

SILV. Yo?... para... nada... Es decir, para que le viese... dónde se ha metido ese jóven?

CAND. Ya! El señor don Raimundo. Y á qué venia enseñarle mi retrato?

SILV. Yo te diré... Como gozo tanto, tanto con esta pintura, y creo que todos han de tener el mismo... la... misma...

CAND. Basta. Dime ahora, puesto que conoces á ese caballero, qué opinion has formado de él.

SILA. Ah! Tú quieres saber la opinion... Pues me parece un buen chico... Phs... algo inexperto... Á su edad todos son... todos.... hemos sido inexpertos.

CAND. Es un jóven de carrera!

SILV. Eso no quita para que sea inexperto. Al contrario: los hombres de carrera son los mas bobalicones.

CAND. Sabes que está enamorado de Pantaleona?

SILV. Debe estarlo cuando se resuelve á casarse con ella.

CAND. Y sabes que ya le he dado mi consentimiento?

SILV. Lo sé.

CAND. Entonces, no tenemos nada que hablar. Dispon las cuentas de la tutoria. Ténlo todo corriente. (Yéndose.)

SILV. Para qué? (Doña Cándida se detiene.)

CAND. No has oido que he resuelto casar á mi sobrina con ese caballero?

SILV. Sí; pero como yo he decidido que ese caballero no se case con nuestra sobrina...

CAND. (Volviendo furiosa.) Conque era verdad? Conque tú te rebelas contra mis disposiciones?

SILV. Justito. (Ap.) Firmeza!

CAND. Silvestre!... Tengamos la fiesta en paz!...

SILV. Tendremos las fiestas como te dé la gana; pero no tendrás boda.

CAND. Silvestre!... Tú no me conoces!...

SILV. Ojalá!!

CAND. Mira que soy capaz de sacarte los ojos!...

SILV. Mejor que mejor! Con eso no tendré el disgusto de verte.

CAND. Me insultas!... Me insultas, porque soy una débil mujer?

SILV. Buena debilidad nos dé Dios!

CAND. Ay! Yo me ahogo .. Á mí me va á dar algo! (Se arroja sobre una silla.)

SILV. ¿Quieres que te hagan una taza de tila?

CAND. Tila, eh?... Ay! si yo me pudiera volver basilisco!... (Se levanta furiosa.) Voy á pegar fuego á la casa!

SILV. Yo voy á avisar á la parroquia. Adios, hija. (Ap. Yéndose.) Me he portado como un héroe. (Váse.)

ESCENA XIII.

DOÑA CÁNDIDA, despues PANTALEONA.

CAND. Y se va!... Y no vuelve!... Esto se acabó! He perdido la fuerza moral! Uf! La cólera me ahoga! Socorro!... (Cae sobre un sillon.)

PANT. Qué sucede? Qué tiene usted, tia?

CAND. Y me preguntas qué tengo? (Levantándose y dirigiéndose á la puerta.) Nada: no vuelve!

PANT. Pero ¿qué es lo que pasa?

CAND. Pasa, que tu tio no es ya tu tio!... no es mi esposo... Es un infame!...

PANT. Por Dios, tia!

CAND. Yo tampoco soy tu tia!... no soy nada!... Mi poder, mi influencia, todo desapareció como el humo!

PANT. Conqué Raimundo tenia razon?

CAND. Qué me importa á mí tu Raimundo, cuando se trata de destronarme? Pero no abdicaré!... He resuelto casarte, y te casarás á pesar de tu tio!

PANT. Sí, sí: no ceda usted.

CAND. Te casarás con Raimundo ó con otro.

PANT. Con otro, no!

CAND. Con cualquiera. Es preciso salvar el principio de autoridad, y caiga el que caiga.

PANT. Su autoridad de usted está interesada en que yo me

case con Raimundo.

CAND. Silencio! Esta es una sublevacion general!

ESCENA XIV.

D. PRISCO, DICHOS.

D. Prisco viene alterado y descompuesto.

PRISCO. (Desde la puerta.) Da usted su permiso?

CAND. Quién?...

PRISCO. Perdone usted, señora, si vuelvo á la presencia de usted sin anunciarme; pero en este momento soy el ser mas desgraciado de la tierra, y he venido á esta casa buscando los consuelos de la amistad.

CAND. (Ap.) Á buena parte llegas! Si espera que yo le consuele!...

PRISCO. (Á Pantaleona.) Á los pies de usted, señorita... no habia reparado...

CAND. Y cuál es la desgracia de usted?

PRISCO. Acaba de desbaratarse mi casamiento.

CAND. (Con alegria.) De veras? (Ap.) Oh! Si yo le pudiera atrapar! (Alto.) Pero ¿cómo ha sido eso? Qué causa?

PRISCO. Una horrible calumnia! Despues de separarme de ustedes y de evacuar ciertos encarguillos, compré en la Mahonesa una libra de caramelos para mi ex-futura, que es algo golosa; llego á la fonda con el cartucho en la mano, penetro en la habitacion de la niña, le presento la dulcísima ofrenda, y se interpone mi ex-suegro esclamando con voz estentórea. «Guarde usted sus obsequios para la esposa y para los catorce hijos que tiene abandonados. Huya usted de aquí, miserable, si no quiere que le arranque la vida!»

CAND. Qué barbaridad!...

PRISCO. Juzgue usted cuál seria mi sorpresa. Me quedé estupefacto. Así que me repuse un poco, traté de sincerarme; pero ¡qué boberia! La hija lloraba, el padre, que tiene mas pulmones que un toro, ponia el grito en el cielo.

Acudieron los huéspedes, los camareros, el dueño de la fonda, los agentes de la autoridad, los transeuntes, los dependientes de las tiendas... Aquella era una Babilonia! Y todos daban la razon á mi ex-suegro en vista de no sé qué carta de mi supuesta esposa. Salí á empellones, y gracias que no me han llevado á la cárcel...

CAND. Sospecha usted quién pueda ser el calumniador?

PRISCO. Yo no he hecho mal á nadie... Yo no puedo tener enemigos...

CAND. Y enemigas?

PRISCO. Tampoco. Vamos, si parece imposible!

CAND. Tranquilícese usted. Todo tiene remedio en el mundo.

PRISCO. Perdone usted, señora, despues de lo ocurrido yo no debo transigir con aquella familia.

CAND. Ciertamente. Pero no hay mas que esa mujer en el mundo? Usted puede aspirar...

PRISCO. Soy muy desgraciado! ya conoce usted el éxito de mis pretensiones, cuando resuelto á casarme por haber mejorado de fortuna, tuve la audacia de pretender la mano de esta bella señorita.

CAND. Cuando digo á usted que todo tiene remedio en este mundo.

PRISCO. (Con alborozo.) Cómo, usted cree que puedo esperar aun?...

PANT. (Ap. á Doña Cándida.) Tia!...

CAND. (Ap. á Pantaleona.) Déjame hacer. Se trata de una renta de sesenta mil reales!

PANT. (Ap.) Esto solo me faltaba!...

PRISCO. Hable usted, por piedad!

CAND. (Con solemnidad ridícula.) Caballero, vaya usted á ponerse un frac nuevo, una corbata blanca, unos guantes idem, y vuelva sin demora á pedir á mi esposo la mano de mi sobrina.

PRISCO. Es posible? Usted se digna autorizarme?... Esta señorita consiente?...

CAND. No se detenga usted.

PRISCO. Antes de seis minutos estaré de vuelta. (Ap.) Al fin de la calle he visto una roperia... (Alto y haciendo cortesías.) Adios, señora, adios, señorita. (Váse.)

PANT. Buen modo tiene usted de sostener el principio de autoridad!

CAND. Qué entiendes tú de diplomacia? Hé aquí un rasgo digno del Baron Ricasoli, de Bismark, hasta del mismo Napoleon tercero. Tu tio no acepta el esposo que yo te he elegido; pues bien: voy á obligarle á aceptar el que él prefiere. (Váse.)

ESCENA XV.

PANTALEONA, despues D. SILVESTRE.

PANT. No espere usted que me case con ese carcamal... Se va sin oirme!... Dios mio! Dios mio! Una sola vez en su vida ha tenido voluntad mi tio, y es para labrar mi desdicha! Oh! si yo pudiera disuadirle... No me queda otra esperanza! Probemos. (Aproximándose á la puerta.) Tio! Querido tio!

SILV. ¿Quién me llama?

PANT. Soy yo. Estoy sola, no tenga usted miedo.

SILV. (Saliendo.) Yo no tengo miedo á nadie. (Se acerca á la puerta del cuarto de su mujer y retrocede con temor.)

PANT. Sin embargo, está usted pálido, desencajado...

SILV. La alegria!... Acabo de romper mis cadenas, me he declarado independiente, soy libre, dichoso!...

PANT. Á mi costa! No tiene usted corazon!

SILV. Muchacha!...

PANT. Repito que no tiene usted corazon. Pobre de mí; sin padres, y desamparada de todos!...

SILV. Eso no es verdad. Yo te profeso el cariño de un padre.

PANT. Entonces ¿por qué se opone usted á mi boda con Raimundo?

SILV. Yo me entiendo.

PANT. Quiere usted casarme con otro?

SILV. Dios me libre!

PANT. (Con mimo.) Vamos, tio, concédame usted su autorizacion.

SILV. Eso nunca.

PANT. Conque nunca?

SILV. Jamás! soy inflexible!

PANT. Es usted un ingrato! Bien paga usted los favores que le dispensó el padre de Raimundo.

SILV. Qué favores debo yo al padre do Raimundo?

PANT. ¿No es fineza haber arreglado su casamiento de usted con mi tia?

SILV. (Estupefacto.) ¿Cómo, fué su padre... quien...

PANT. Sí, señor.

SILV. (Muy alegre.) Oh! Providencia!... Cómo se llama tu novio?

PANT. Raimundo Corretaje.

SILV. Corretaje!... El hijo de Corretaje! Yo he tenido un Corretaje frente á frente, á dos pasos de distancia, entre mis uñas, como quien dice... (Con disgusto.) Caramba! Pues si creo que le he dado la mano! No importa, con tal de que... (Á Pantaleona.) Pero ¿estás segura de que Raimundo...

PANT. No lo dude usted. Por eso le protege mi tia.

SILV. (Con maligna intencion.) Ah! yo tambien le protegeré!

PANT. De veras? Qué felicidad!...

SILV. Todos vamos á ser muy felices!

PANT. Raimundo no desea otra cosa que casarse.

SILV. (Interrumpiéndola.) Se casará! Le casaremos!... Le casaria yo una, dos, veinte, ciento, mil veces si fuera posible!

PANT. No, señor: una sola y conmigo.

SILV. (Parándose.) Contigo?

PANT. Claro está. Pues no sabe usted que me adora?

SILV. Casarle con una muchacha tan bonita!

PANT. Mejor para él.

SILV. Es verdad. Pero como la hermosura desaparece tan pronto!...

PANT. Las cualidades morales viven eternamente. Yo soy

dócil, humilde,...

SILV. (Discurriendo para sí mismo en alta voz.) Qué lástima?

PANT. Cariñosa, económica, honrada...

SILV. Qué lástima!

PANT. Eh?

SILV. Digo... que es una lástima... que no reunas todas las perfecciones imaginables...

PANT. Yo haré la felicidad de Raimundo; porque le amo, porque será dueño absoluto de sus acciones, porque no tendré otra voluntad que la suya...

SILV. Poco á poco, señorita. Una esposa discreta debe mandar dentro de su casa, debe dirigir á su marido, debe atarle corto, muy corto, para que no se extravie, para que no se entregue á las seducciones del mundo. Ah! tiene usted á su tia, el modelo de una esposa perfecta.

PANT. Perdone usted, tio, pero...

SILV. No hay pero que valga. Si quiere usted casarse con Raimundo, es preciso que me jure imitar en todo á su tia.

PANT. La imitaré.

SILV. Que siga sus consejos al pie de la letra.

PANT. Sí, señor, sí, señor. Oh! cuando sepa Raimundo...

SILV. Está en casa?

PANT. Aquí llega.

SILV. Vete. Necesito hablar á solas con él.

ESCENA XVI.

RAIMUNDO, DICHOS.

RAIM. (Saliendo.) Uf! Estoy cansado de esperar!

PANT. Raimundo, Raimundo, hemos triunfado, mi tio es el hombre mas generoso de la tierra!

RAIM. (En ademan de arrojarse á sus plantas.) Señor don Silvestre!...

SILV. (Retirándose y rechazándole con la accion.) Apártese usted. (Á Pantaleona.) Ya te he dicho que te retires.

PANT. Me voy. (Ap.) Qué tendrá que decirle? (Váse.)
SILV. Ya estamos solos, caballero.
RAIM. (Ap.) Qué miradas me echa!
SILV. Su nombre de usted?
RAIM. Raimundo Corretaje.
SILV. Hijo de...
RAIM. De Máximo Corretaje.
SILV. Un agente zurupeto que vivió hace mas de veinte años en la calle de la Pasa?
RAIM. Justamente.
SILV. Y existe su padre de usted?
RAIM. Á Dios gracias.
SILV. En dónde?
RAIM. En Ceuta.
SILV. La justicia divina!
RAIM. Allí le llevaron...
SILV. Comprendo. Nada mas natural.
RAIM. Sus negocios mercantiles.
SILV. ¿Cómo, todavia negocia?
RAIM. Es muy vividor!
SILV. Ya lo sé!
RAIM. Muy amante de su familia!
SILV. Su familia! ¿No es usted hijo único?
RAIM. No, señor; tengo diez hermanos varones.
SILV. (Con disgusto.) Nada mas?
RAIM. Nada mas? Le parece á usted poco?
SILV. Desearia que su padre de usted tuviera una gruesa de hijos varones para sacrificarlos á mi venganza!
RAIM. Caballero!...
SILV. Él es el origen de todas mis desdichas!
RAIM. Si alguna deuda tiene usted con mi señor padre, será de gratitud solamente.
SILV. Por supuesto! Pero no me moriré sin pagársela.
RAIM. Señor don Silvestre; creo que para negarme la mano de su sobrina, no tenia usted necesidad de calumniar á mi padre.
SILV. Yo no le calumnio.

RAIM. Entonces aquí estoy para responder de sus actos. Nombre usted sus padrinos.

SILV. El que necesita padrino es usted.

RAIM. Bien está! Tome usted mi tarjeta. (Se la da.) Hasta la vista. (Saluda y se dirige á la puerta.)

SILV. (Cortándole el paso.) Alto ahí, caballero! No saldrá usted de esta casa sino muerto ó casado!

RAIM. (Ap.) Este hombre está loco. (Tratando de salir.) Apártese usted.

SILV. (Llamando á voces.) Pantaleona!... Pantaleona!... Leona!...

ESCENA XVII.

PANTALEONA, DICHOS. Despues DOÑA CÁNDIDA y D. PRISCO.

PANT. Aquí estoy... aquí estoy!...

SILV. Sujeta inmediatamente á ese jóven.

PANT. Yo?...

SILV. Obedece!

PANT. Pero tio...

SILV. Obedece si quieres casarte.

PANT. Ya le tengo. (Sujetando á Raimundo por el brazo.)

SILV. Cuidado con dejarle escapar.

PANT. No se escapará!

RAIM. Señorita!...

CAND. (Á D. Prisco, desde la puerta.) Pase usted adelante.

SILV. (Volviendo la cabeza.) Mi esposa! Llega á buena ocasion.

CAND. (Presentando á D. Prisco.) Te presento á tu amigo don Prisco.

SILV. Otra vez por aquí?

PRISCO. Deseo que me otorgues tres minutos de audiencia.

SILV. Mas tarde hablaremos.

PRISCO. Perdona, pero hay circunstancias en la vida...

SILV. Sí; ya sé que se ha desbaratado tu matrimonio. (Dándole la mano.) Te doy la enhorabuena!

PRISCO. Hombre!

SILV. No, no... digo... que lo siento en el alma!

PRISCO. Pero ¿quién te ha contado?...

SILV. Á mí?... No recuerdo precisamente...

PRISCO. En efecto, soy libre; y una vez decidido á casarme, he fijado mi eleccion en otra persona.

SILV. Dime donde vive, su nombre, y verás qué cartita le envoco para que ni siquiera te reciba en su casa.

PRISCO. Cómo? Serás tú el autor de la otra cartita?

SILV. La otra cartita?... Ah! (Ap.) Se me escapó! (Alto.) Pues bien; yo he sido el autor de la otra cartita... Y qué? No te quiero como un hermano? No tengo obligacion de mirar por tu suerte?

CAND. (Ap.) Oh! qué rayo de luz!

PRISCO. ¡Buen modo de mirar por mi suerte, y si me descuido, me arrojan por tu causa de cabeza á la calle! (Con ira reconcentrada.) Hombre, si no fuera por el respeto que me inspira esta señora...

CAND. Pido la palabra!

PRISCO. Hable usted.

CAND. Cuando mi esposo ha creido conveniente destruir esa boda, tendria sus razones.

SILV. Ya se ve que las tengo.

CAND. (Ap. á D. Prisco.) No conoce usted que le quiere casar con mi sobrina?

PRISCO. (Para sí.) Es verdad! Y yo bestia de mí que no habia comprendido!... (Alto.) Un abrazo, mi querido Silvestre! (Abrazándole.) Tú eres mi salvador!...

SILV. Ya lo creo!

PRISCO. Mi providencia!

SILV. Ya lo creo!

PRISCO. Mi segundo papá!

SILV. No tanto, no tanto.

PRISCO. Bien puedo llamar padre al que lo es adoptivo de mi futura esposa.

SILV. Qué padre, ni qué esposa, ni qué berengena! Dónde está esa futura?

CAND. Nada te dice ese frac negro, esa corbata blanca, esos

guantes...

SILV. Ni pizca. No comprendo una jota.

CAND. El señor don Prisco ha venido para pedirte en toda forma la mano de nuestra sobrina.

SILV. Ahora salimos con eso? Pues yo le contesto en toda forma que no se la doy.

PRISCO. Oye usted, doña Cándida?

CAND. Hoy si que reviento!

PRISCO. Ten entendido que tu esposa consiente.

SILV. Aquí no hay mas voluntad que la mia.

PANT. (Ap.) Bravísimo!

PRISCO. (Con amenaza.) Silvestre, tú no sabes lo que es un hombre resuelto á casarse!

SILV. Prisco, tú no sabes lo que es un hombre despues de casado!

PRISCO. Ya que me niegas la mano de tu sobrina, necesito saber por qué has deshecho mi boda con la otra muchacha?

SILV. Por qué?... Oye aparte.

CAND. (Ap.) Tambien secretitos?

SILV. (Á Prisco con recato.) Cuando yo deje de existir, que no tardará mucho tiempo, cásate con mi viuda y sabrás el motivo.

PRISCO. Gracias! Á esa costa prefiero ignorarlo.

SILV. Raimundo, Pantaleona, consiento en vuestro enlace; y en prueba de mi afecto exijo que vivan en nuestra compañia.

PANT. (Á Raimundo.) Lo estaba esperando!

RAIM. (Ofreciéndole su mano.) Señor don Silvestre...

SILV. (Con el brazo extendido y señalando con el dedo índice á Doña Cándida.) Primero á mi esposa. (Raimundo, Doña Cándida y Pantaleona forman un grupo resultando en medio Raimundo.)

SILV. (Ap.) Entre las dos! Dios mio, si habré llevado demasiado lejos mi venganza! (Al público.)

Quien debió á la suerte ingrata
una suerte cual mi suerte,
juzga la pena de muerte

preferible á la inmediata.
Solo la muerte desata
el lazo que me encadena;
y pues con perpétua pena
pago un error temporal,
suplico á este tribunal
que no agrave mi condena.

FIN.

Habiendo examinado la pieza en un acto, por título Á cadena perpétua, *no hallo inconveniente en que se autorice su representacion.*

Madrid 3 de Enero de 1867.

El censor interino,
Luis Fernandez Guerra.

COMISIONADOS PRINCIPALES DE ESTA ADMINISTRACION.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	Viuda de Ibarra.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra y viuda de Bartumens.
Bejar.	P. Lopez Coron.
Bilbao.	T. Astuy.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	J. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	P. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	Viuda de Bosch.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. V. Osorno.
Huesca.	M. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez y Compañia, de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Minon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Bricba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Bucetá Solla y Comp.
Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Frius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
S. Ildefonso (La Granja)	R. J. Serna.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda.
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. (Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salado.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	T. Baquedano.
Toledo.	F. Hernandez.
Toro.	A. Rodriguez Tejedor.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	F. de P. Navarro.
Valladolid.	D. Jover.
Vich.	J. Soler.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	S. Hidalgo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi y J. Comin y Compañia.

MADRID. Librerias de la *Viuda é hijos de Cuesta*, y de *Moya y Plaza*, calle de Carretas; de *A. Duran*, Carrera de San Gerónimo; de *L. Lopez*, calle del Cármen, y de *M. Escribano* calle del Príncipe.